

## Barbate.

Barbate tiene más de una historia: piratas, batalla de Trafalgar, traíñas naufragadas y almadrabas llenas de atunes.

Pero la historia es el pasado y Barbate tiene un presente.

Un presente del que bajo el mar dan testimonio miles de seres vivos de colores brillantes, como las gorgonias.

Y otros más discretos, como los erizos.

Las superficies rocosas son un festín de algas e invertebrados.

A esa mesa cuajada de epífitos acuden los peces a comer.

Entre las criaturas asombrosas, la ofiura *Astropartus* ocupa un lugar preeminente. Equinodermo, como los erizos y las estrellas, parece una fíbula de plata.

Y el gusano de fuego, por su parte, semeja un agremán, tan urticante como multicolor.

La morena muestra los dientes, pero permanece casi todo el día en su cueva.

Eso da cierta tranquilidad a los peces que, en cardúmenes o de uno en uno, recorren las aguas.

Las estrategias defensivas son variadas. Hay peces que plantan cara con sus libreas multicolor; insolentes y solitarios entre las matas de *Posidonia*. Otras especies perviven gracias a su coloración uniforme y a la protección del grupo.

En los fondos arenosos de la costa de los atunes, clavo sus uñas por última vez esta ancla. Enredado en ella, el esqueleto de un atún. Transitaron el tiempo en sentidos opuestos: el mineral del ancla se cubrió de materia orgánica mientras la materia viva que fue el atún se mineralizó. En la superficie, la síntesis son los marineros, que tiran de los cabos como tiran de su vida.

En el agua batida por los golpes de los atunes está el presente y el futuro.

El pasado yace entre los restos de barcas que se pudren en la playa de un pueblo que vivió tiempos de abundancia, cuando los atunes, grandes y poderosos, invadían el mar de Barbate.

La superficie solo es un indicio de lo que guarda el fondo del mar.

Entre la madera cubierta de epífitos, abundan los sargos. Y los borriquetes. Todos encuentran cobijo entre la madera y el hierro, reconvertidos ambos materiales en sustratos bentónicos, una oportunidad para las especies incrustantes que no pueden instalarse sobre la arena.

Los que sí encuentran en la arena su alimento son estas fanecas, bacalao con librea de rayas, cuyas barbas táctiles son implacables buscadores de pequeños invertebrados.

Esta abundancia de peces denota la riqueza de nutrientes en las aguas de esta zona del Atlántico.

Pero los peces no son la única señal.

Los corales del género *Dendrophyllia* construyen tubos minerales, hermosas arquitecturas arborescentes de color naranja o amarillo intenso.

Sus urticantes pólipos blancos, como flecos de seda, se defienden de los depredadores y mueven el agua que lleva su alimento.

Gráciles y robustos; eficaces y quebradizos, los corales amarillos adornan la costa de los atunes.